

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 3 DE DICIEMBRE DE 1896

NÚM. 315

AUTORES CÓMICOS



JOSÉ JACKSON VEYAN.

MADRID POR HORAS

Los teatros madrileños, siguen sin dar juego, cuantos más estrenos, más fracasos, y si esto sigue así, pronto veremos desiertas las salas y las galerías de nuestros coliseos.

Y el público tendrá que refugiarse en las sociedades de aficionados que dan bastante juego este año tanto en Rius, Cervantes y Zorrilla como en los teatros caseros.

Sirva de muestra el teatro-alcoba de la sociedad «La Lira Moderna» donde se malogró noches pasadas la distinguida actriz y señorita D.^a Celedonia Minglanilla.

¡Cuán hermosa y que interesante estaba aquella noche! Y sobre todo ¡que esperitual!

El talle esbelto y delgado, el cuello delgado y mórbido, los dedos delgado y en punta..., lo demás, ídem, ídem.

Sólo así se comprende que Telesforo hubiera sacrificado su gravedad médico-quirúrgica para trabajar con ella en la sociedad «La Lira Moderna.» Porque Celedonia era una actriz de cuerpo entero.

El teatro estaba bajo la advocación de San Zacarías, colgado en el pasillo; porque, eso sí, la familia de *Celes* sería cursi, pero temerosa de Dios y del casero.

Aquella noche ponían *El rizo sangriento*, de López Cascajo y una cuñada suya, en seis actos, y *El sollozo delactor*, en dos, del inmortal poeta y padre de Celedonia, D. Camilo Minglanilla.

Ya habrán notado ustedes que Telesforo, amaba á Celedonia.

Y que era correspondido.

Y que un tal Carraspera, sastre del tercero, derecha, había tenido relaceoncs con *ella*, pero por encima.

Y después concluyeron para siempre.

Aunque él la amaba todavía, porque era muy terco y había ido con buen fin.

Además Carraspera vivía encima de *Celes*, y tenía un machete de la guerra civil en la despensa y una fuente en la cocina. Pero no adelantemos los sucesos.

Volvamos á Celedonia y Telesforo, ya que los hemos dejado solos.

Aquel amor era un idilio.

—¿Me amas? decía él.

—Sí; *Teles* mío, tu amor me enloquece.

—Júramelo con las manos puestas sobre el corazón.

—Sobre donde tú quieras.

Y juraba.

—Soy el más feliz de los hombres.

—¿De modo que harás el *Rizo sangriento*?

—Sí; vida mía; soy capaz de todo aunque pierda la voz y se incomode Cascajo.

—Pues bien Telesforito; trabaja también en *El sollozo*, de mi padre.

—¡Sea!... ¡Tesoro vital!

A este extremo habían llegado las cosas.

Llegó la hora infausta y la hora funesta.

Todos los corazones palpitaban de emoción.

Porque ¡ay! los convidados aquellos eran muy sensibles y palpitaban en seguida.

Una magnífica colcha, café con posos, cerraba la puerta de la alcoba á modo de telón.

Detrás, los actores.

Teles, agitado y convulso, *Celes*, convulsa nada más.

Mirábanse tiernamente á intervalos.

Y suspiraban.

En el foro, la cama tapada con una estera.

Debajo de la cama... el gato.

Y la gata.

El idilio seguía.

Sonó un cornetín de llaves.

Era la señal para descorrer el telón.

Iba á comenzar el drama.

Se oía allá á lo lejos, en la cocina, el fragor del trueno imitado perfectamente con una lata de pimientos.

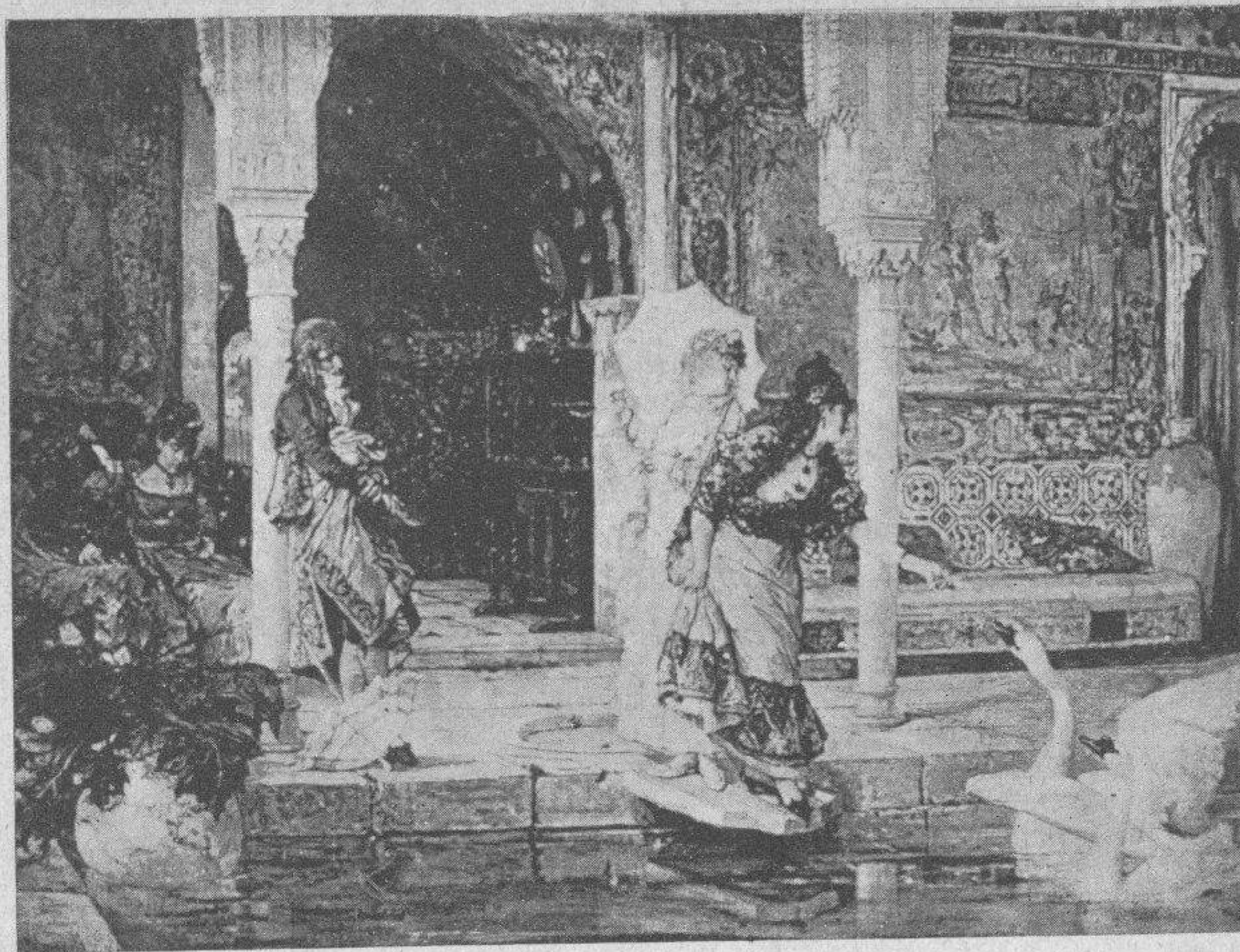
La señora de la casa descorrió la cortina con un palo...

Y apareció *Celes*, vestida de amarillo con golpes verdes en la espalda, *mayando* versos.

Estaba exponiendo la obra

Después apareció Amadas (en el mundo Telesforo) vestido de trovador.

Dijo muy bien su papel, sin perder la voz, ni el compas, pero al ir á besar la mano á Celedonia, se le fué la cabeza, y cayó de bruces sobre un velador. (Aplausos tímidos).



RECUERDO DE GRANADA

Cracias á Cascajo, que soltando ternos cultos, salió á escena y empezó á improvisar versos, ante el *cadáver*, de Amador, mientras Celedonia le volvía en sí mismo, con mucho disimulo.

Y siguió la representación en medio de atronadores aplausos.

Celedonia y Telesforo entraron en otra escena amorosa, pero con testigos. La corte rodeaba á la feliz pareja, y el final del acto se acercaba.

El padre de la princesa descubría el pastel y mandaba cortar la cabeza á ambos. El verdugo apareció con el hacha. Entonces debía sonar un tiro que atravesaba el corazón de los amantes.

Y bajaba el telón.

Pero un nuevo personaje salió. tal vez de debajo de la cama.

Traía un machete en la mano. Los ojos inyectados en sangre, los labios lívidos, nariz temblorosa, etc.

Todos habrán adivinado quien era el personaje del machete.

El terror se apoderó de señoras, caballeros, niños, niñas y coro de ambos sexos.

Mirándose unos á otros exclamaron:

—¡Estamos perdidos!

El hombre del machete, blandió el arma, lanzó una mirada implacable, y mirando al techo gritó como un energúmeno:

—¡Escolástica, quita el tapón!

Un torrente de agua bajó del techo, inundando en pocos momentos la habitación.

¿A qué describir el cuadro de desolación que siguió á la catástrofe?

Nuestra pluma se resiste á describirlo.

Hubo momentos en que el agua les llegaba á las rodillas. Porque de rodillas se pusieron todos implorando perdón.

Carraspera, apiadado al fin, envainó el machete, y tapó el agujero.

Al día siguiente, un cuerpo flotaba sobre la estera de sala. ¡Ah!

Era un cuerpo de vestido.

¡Y una camisa!

¡Todo de Celedonia!

Carraspera estaba vengado.

JOSÉ BRISSA

SAHAMEMTO

(DE GOETHE)

Me fué infiel el dueño mio,
Y en insensato extravío
Buscando solo mi mal,
Di en las márgenes de un río
De caudaloso raudal.

En esto, voz de mujer
Llega del alma hasta el fondo
Haciéndome estremecer,
Y grita: «Vais á caer:
¡Cuidado! que el río es hondo!»

«Sabré cumplir mis deberes;
De mi esclava voluntad
Absoluto señor eres:
Me has dado la vida; ¿quieres
Darme la felicidad?»

Extático contemplaba
La corriente, y tremebundo
Rodaba á mis pies el mundo;
El vértigo me arrastraba
Hacia el abismo profundo.

Aquella voz me enajena;
Los ojos vuelvo, y fascina
Mi vista hermosa sirena.
«¿Quién eres?—Soy Catalina.
—Catalina, eres muy buena.»

Habló el corazón opreso,
Y mis penas le conté;
Con reciproco embeleso
Dile y devolvíome un beso,
Y en morir ya no pensé.

T. LLORENTE



PELEAR POR EL MISMO FIN

GUERRAS CIVILES

Era un reino infeliz en donde altivo
Un partido de *olivo* un dios queria,
Y otro partido que en el reino habia
Pidió el dios de *aceituno* en vez de olivo.
Clamando guerra en su furor activo
Al golpe asolador del hacha impía
Fué tumba universal la monarquía;

De un yermo le nación fué ejemplo vivo.
Hecho el dios de aceituno á sus antojos;
Un partido en sus glorias importuno
Lo encumbró sobre miseros despojos:
Hasta que, el dios mirando de aceituno,
Vieron por fin con desolados ojos
Que aceituno y olivo era todo uno.

CAMPOAMOR

V. CAPOBIENCHI



EL ZAPATERO DE MODA



BEETHOVEN

LOS NENES

Me inspiran especial afecto.

Son ángeles, y como tales les considero, no como embriones de hombres ó como borradores de mujeres.

Pero es preciso convenir en que las gracias de los niños suelen no serlo para las personas mayores, exceptuando á los padres respectivos.

Las gracias infantiles, sin perjuicio del prójimo, pueden ser importunas, pero las gracias perjudiciales no pueden pasar por gracias para las víctimas.

Cuando veo á un niño mortificar á un perro ó á un pájaro, me indigno como un socio de la Protectora.

Los nenes á domicilio distraen y consuelan con sus ingeniosidades precoces, de los disgustos de la vida.

—Es muy travieso,—dice la madre recomendando en esta forma la precocidad de un chiquitín de cuatro ó cinco años de edad, que se divierte tirando puñaditos de arena á los ojos de los transeuntes.

—Muy mono,—repite el que lo escucha y presencia la travesura, libre de cacho.

—No hagas eso, niño, que es feo.

—Déjele V. que se divierta,—aconseja el amigo de la casa, á la mamá del nene.

Visitar á una familia con chiquitines, es jugarse la vida, casi, casi, cuando los niños son traviosos.

En un pasillo tropieza el caballero que llega con un caballo de cartón de tamaño poco menos que natural.

—¡Pum! ¡allá va ese hombre!—vocea el dueño del corcel viendo caer de bruces al caballero.

Los otros nenes chillan y gritan:

—¡Eh! ¡Eh!

—¿Qué ha sido eso?—preguntan los padres, acudiendo presurosos al lugar del siniestro.

—Nada,—replica la visita,—que me he equivocado al entrar y entro de bruces.

- Me habrá roto el caballo,—observa el nene propietario.
- Eso es lo peor,—replica el caballero, sacudiéndose el polvo.
- ¡Don Fulano!
- Pase V. por aquí; está esto á obscuras.
- El demonio son estos chicos; lo mismo hubiera pasado con una persona extraña.
- Pero yo soy de confianza,—replica el caballero, y añade para sí:
- Y aunque me reviente no importa.
- No me gusta castigarlos, ¿sabe V.? —dice la madre.
- Bien hecho, señora, hartos los castigará la sociedad.
- Ya lo creo; pase V. por aquí, ¿y cómo vamos?
- Bien; vengo bien.

En cuanto los nenes se enteran de que el caballero es amigo de su padre, quieren compartir con éste la satisfacción de la entrevista, y penetran en la sala ó en el despacho, como en país conquistado.

- Mira, papá,—interrumpe el pequeño,—este bruto (el caballero), me ha roto el caballo.
- ¡Qué gracioso y que bonito!—Ven dame un beso,—pide el aludido amigo, más que para besar al chico, para frotarle la cara con la barba á medio afeitar.
- ¡No quiero animal!—grita el nene.
- ¡Niño! ¿qué es eso? ¡qué vergüenza! ¡qué falta de educación!
- Déjele V., tiene buena sombra.
- ¿Y á qué debo el placer de ver á V, por esta su casa?...
- Pues, venía...
- Papá...
- Qué quieres, hombre?
- ¡Qué feo es éste!—dice apuntando al amigo otro de los chiquillos.
- También éste es muy mono.
- A ver si te doy un azote. ¿Quiere V. fumar?

El dueño de la casa ofrece un tabaco á su amigo, quien lo admite.

Uno de los nenes:

- ¿Tú no tienes cigarros como papá?
- No, hijo mío, yo no tengo;—responde con sonrisa *angélica* el caballero.

Y el chiquitín sale de la habitación y se dirige á donde está su madre para decirla:

—Mamá, ese hombre viene á pedir cigarros á papá. ¿Por qué le habrá dejado subir la portera?

En seguida vuelve al lado del desconocido.

Otro nene toma el sombrero de la víctima y se lo encasqueta hasta los hombros.

- ¡Qué cabeza tienes! ¡Pareces un toro!
- ¡Niño!—grita el padre,—deja ese sombrero.

Efectivamente: el niño deja el sombrero en el suelo y la atiza un puntapié. El padre acude á salvar la tapadera de su amigo, y éste le dice:

- Déjelo V., si no sirve... digo... no servirá.
- ¡Pues no faltaba más!

Otro chicuelo arrebató el bastón de manos del caballero y le convierte en fusil: pero que en el tiempo del *descanso* da con el puño, que es de marfil, contra el suelo, y salta en pedazos.

—¡Caramba! murmura el amigo.

- ¿Qué haces, Fulanito?
- Se ha roto,—responde el chico de infantería.

—Lo siento,—se atreve á decir el dueño del bastón;—porque era un recuerdo de familia, pero ¿qué hemos de hacerle?

- ¡Deja ese bastón en seguida!—grita el padre.—Estos chicos me desesperan.
- No, déjele V. ya.

Hay nene, que, convirtiendo al amigo de la casa en potro indómito, monta sobre sus rodillas y le sacude puñetazos en la cara ó en el pecho para que galope.

Otros niños, cuando besan, humedecen las labios y los carrillos de quien los besa, con dos manantiales que brotan de sus naricitas.

Todas estas y otras muchas gracias, son debidas á los padres. Padres que educan á sus nenes en libertad.

—¿Qué dirá V. que hizo el otro día mi niño?—me preguntaba el padre de uno de los más inaguantables que conozco.

- No sé, respondí; alguna atrocidad.
- Pues ató al gato, y se lo metió en la cama de la criada.
- ¡Animalito!
- ¿Quién?
- El gato.

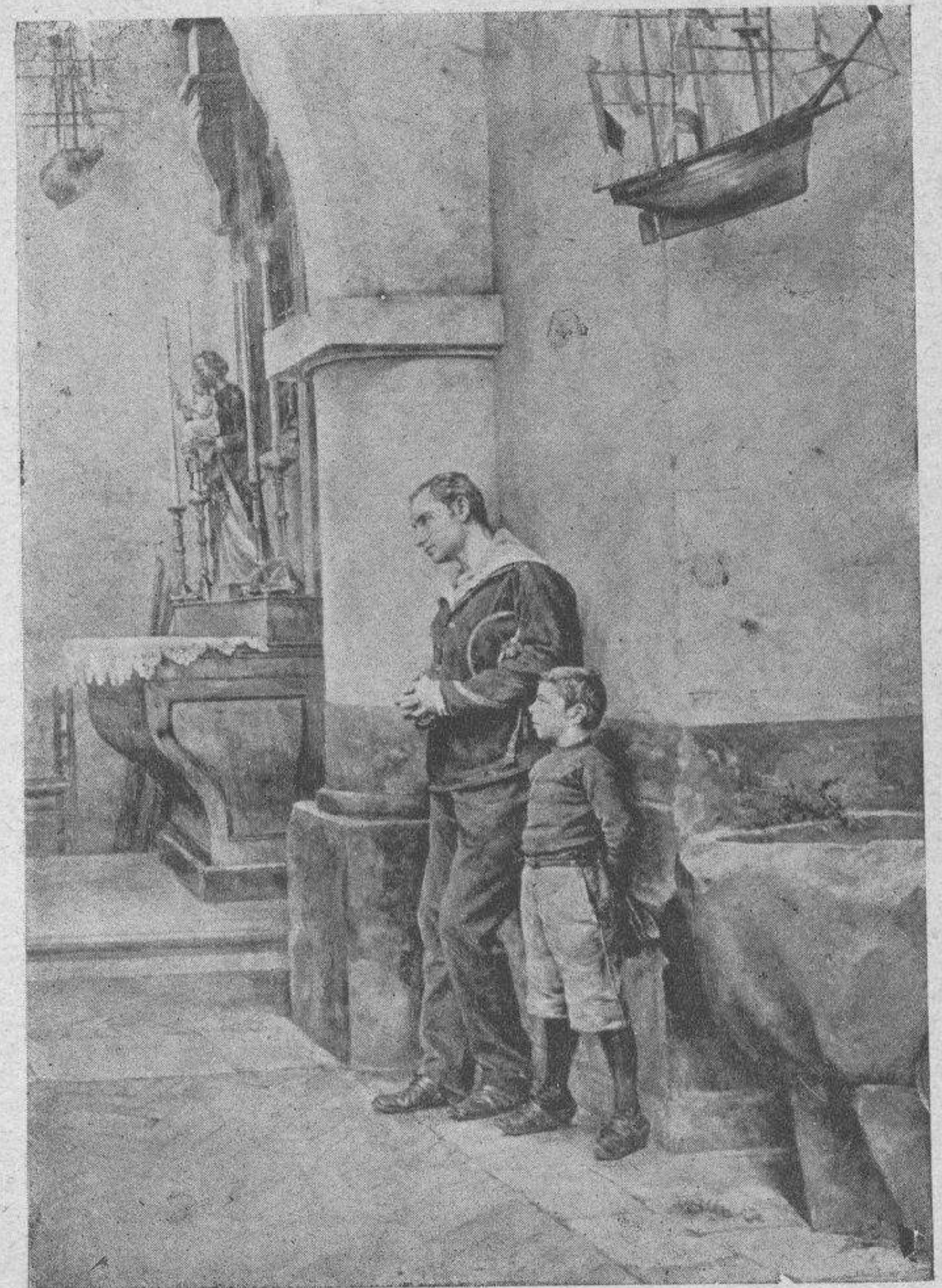
EDUARDO DE PALACIO

METZMACHER

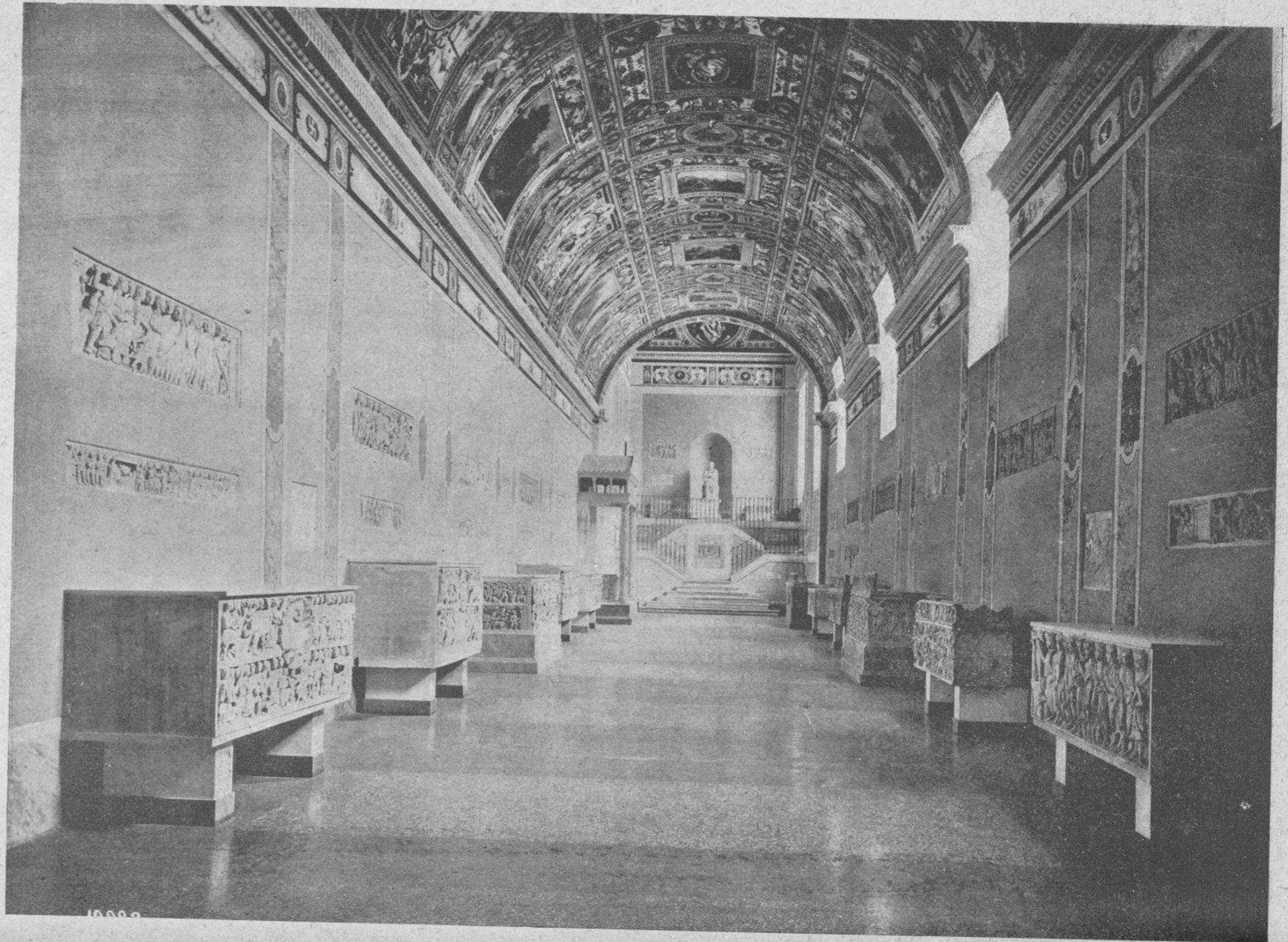


¡YA PARTIÓ!

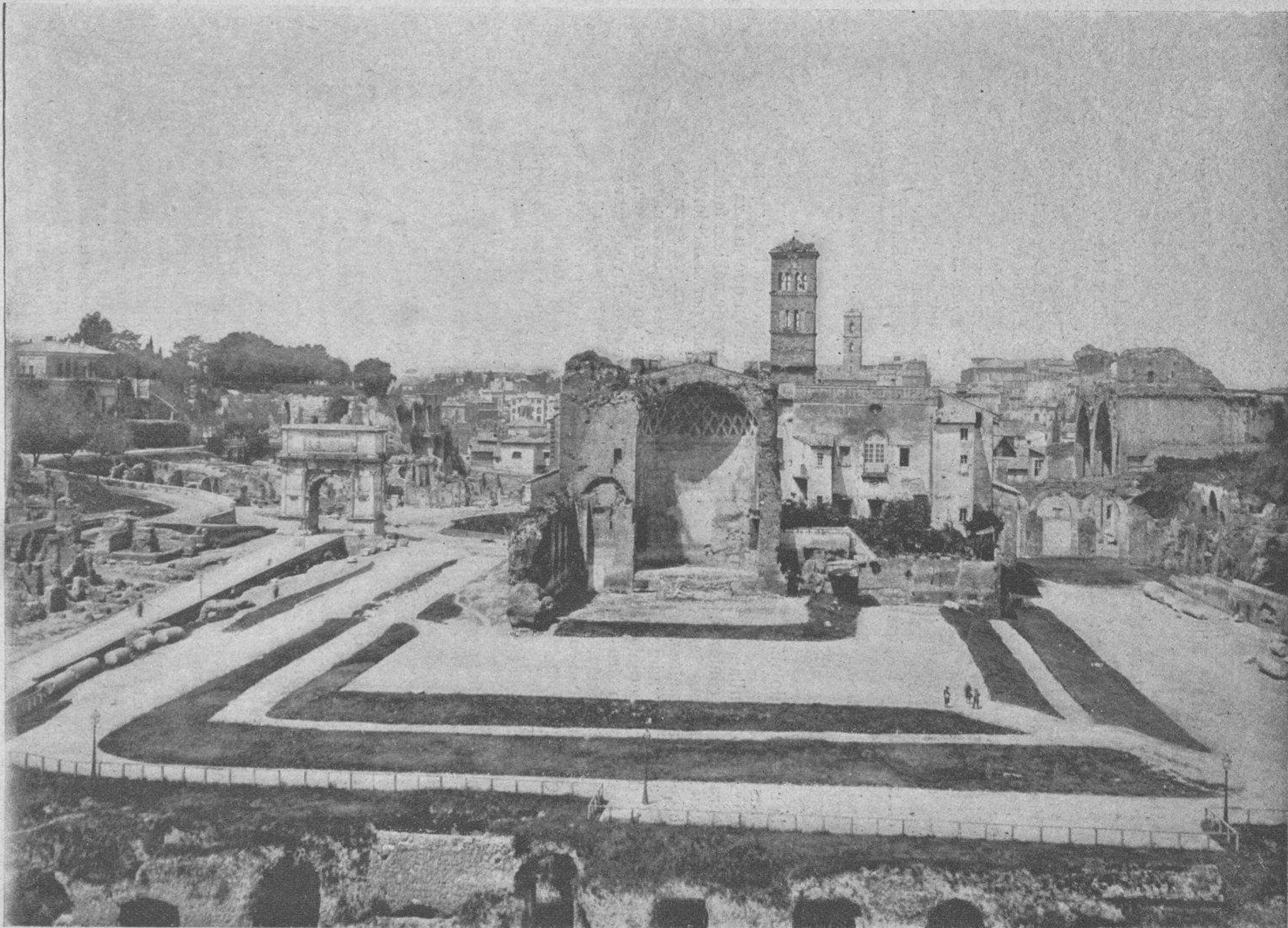
E. BERNE-BELLECOUR



ANTES DE PARTIR



ROMA: PALACIO LATIRANENSE. INTERIOR DEL MUSEO CRISTIANO



ROMA: TEMPLO DE FLORA Y CUPIDO

A LA HIJA DE UN NEGRERO

A DON RAFAEL M. LABRA.

I

Antes que mi voz cansada
El postrer cántico entone,
He de llamar á la puerta
Que á un corazón corresponde.
Hija de negrero, el tuyo
No es un corazón de bronce;
En él hay ecos dormidos,
Mas no á lo santo y lo noble.
Eres mujer, y eso basta
Para que, al llamarlos, broten
Como raudal entre peñas
Que el hierro sacude y rompe.
Los padres que el sér te dieron
Y en ti su ventura ponen,
Oigan de ti las palabras
Que, en ti pensando, inspiróme
Mi deber de cristiano
Con mi alma de hombre.

II

En la cuna, cuando niña,
Cariñosas y leales
Tu dulce sueño arrullaban
Las negras con sus cantares.
¡Ay! aquellas infelices
Éran hijas ó eran madres,
Compradas por mercaderes
De alma dura y miserable.
Si á ti te compraran otros
En otro mercado infame,
Con los tuyos arrancada
Al suelo que tanto amaste;
¿Con qué derecho diría
El que de ti su Dios hace:
«Devolvedmela, crueles,
»Tened compasión de un padre,
»No hay dolor como el mio,
»No lo hay más grande?»

III

Reina tú de los salones,
Porque en ellos mejor reines
A tus graclas naturales
El lujo uniste de Oriente.
Envuelta en gasas y tules
Como el sol en nubes tenues,
Si los galanes te adoran
Envidiante las mujeres.
Así el rumor del aplauso
Y la lisonja adormece
Las virtudes que en tu pecho
Buscaban su propio albergue.
Y en tanto, desvanecida,
Mal puedes pensar, mal puedes,
Que á tus esclavos, no solo
Goces y opulencia debes,
Sino hasta el pan y el agua
Misma que bebes.

IV

Quizás tendida en hamaca
De suaves plumas y seda,
Bajo pabellón que brinda
Suave luz y sombra fresca,
Miraste de los esclavos
La dura labor eterna,
Que, al rojo sol de los trópicos,
Postra su espíritu y fuerzas.
Gotas de sudor fecundo
Brillaban en su tez negra,
Y el látigo abrió la fuente
Que sus lágrimas encierra.
Cuando mires al espejo
De hoy más las joyas que ostentas,
Si el espejo no lo dice
Digatelo la conciencia:
«Tus diamantes son lágrimas,
»Sudor tus perlas.»

V

Del esclavo es negro el rostro,
Y al blanco da la blancura
El color en que su raza
Timbres de nobleza funda,
El alma, por sí incolora,
Ya se aclara, ya se nubla,
Al compás de las acciones
Del sér en que vive oculta.
Sobre el esclavo descarga
Rayos de cólera injusta;
Paga su amor con desprecios;
Su triste orfandad insulta,
Cuando sufre, cuando llora,
Cuando el trabajo le abrumba;
¿El color de vuestras almas
Quieres que te diga?... escucha:
El alma tuya es negra,
Blanca la suya.

VI

El siglo, siglo gigante,
Lleva en la mano la antorcha
A cuya luz vense de otros
Las iniquidades todas.
A su gran voz, se derrumba
Lo que obscurece y deshonra
De las edades pasadas
La tarea portentosa.
Imperios y monarquias,
Y repúblicas arrojan
Las cadenas del esclavo
Por siempre al abismo rotas.
Para que no las arrastre
Nadie en tierras españolas
¡Oh mujer! los tuyos libra,
Y á tus laureles de hermosa
Une los inmortales
De redentora.

VENTURA RUIZ AGUILERA



G. DE JONGHE

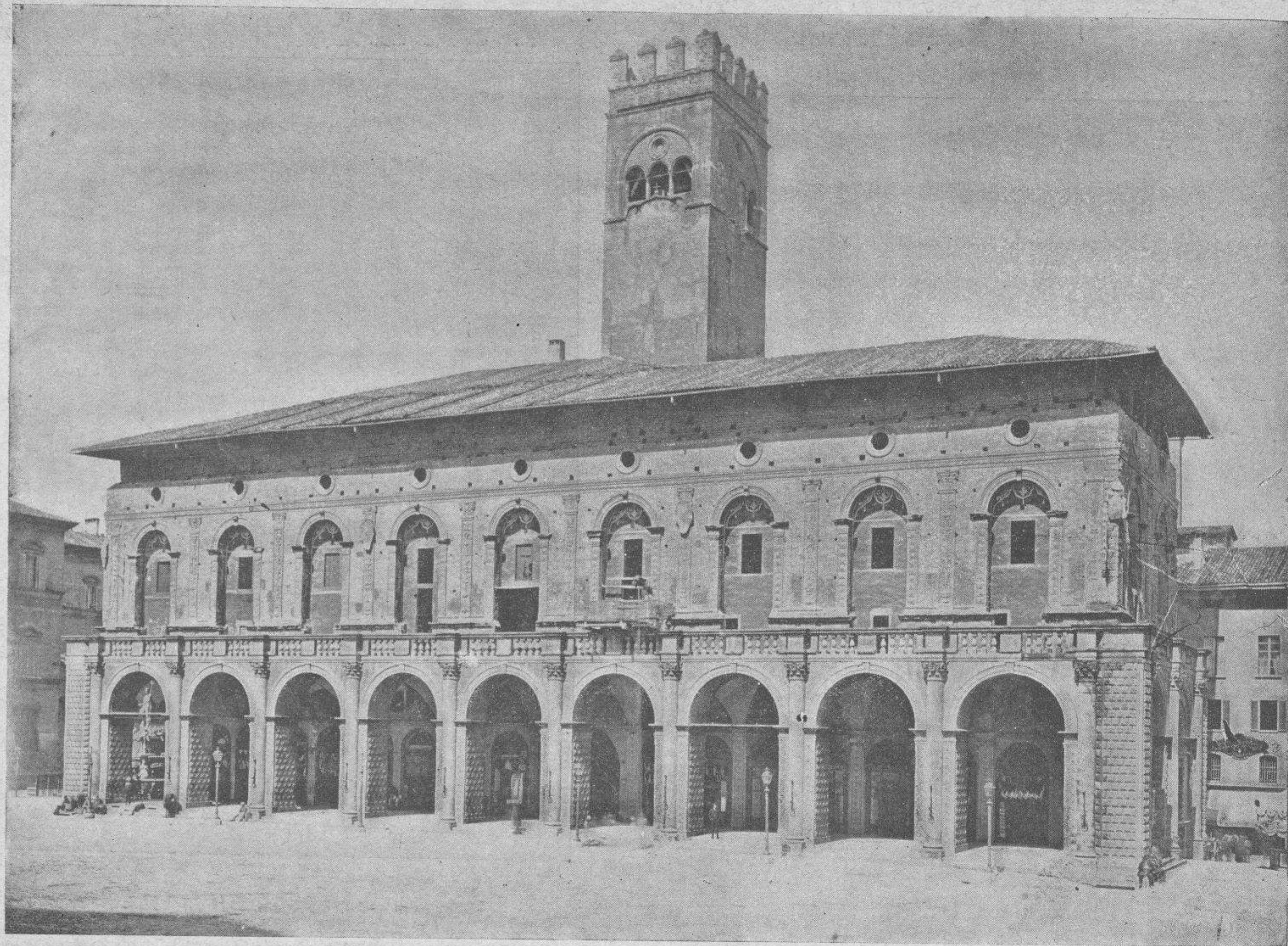


CACHE - CACHE

G. DE JONGHE



COQUETERÍA



BOLONIA: PALACIO DEL PODESTÁ

PERFILES

y Bonares



Comí en el Restaurant Español y Americano de José Robles Ruíz, situado en la rue du Helder, número 14.

Es un restaurant donde acuden casi todos los españoles que van a París.

El plato del día es: los lunes, arroz a la valenciana; los martes, guisillo madrileño; los miércoles, lo mismo que los lunes; los jueves y los domingos, cocido a la española; los viernes, bacalao a la vizcaína, y los sábados, albondiguillas al estilo de por aquí.

Pedí un periódico para leer mientras comía, según mi costumbre, y me trajeron *El Heraldo de Madrid* y *El Noticiero Universal*, de Barcelona.

Aquel restaurant es un paréntesis en la vida parisién, que siempre lo disfrutan con fruición los que, como yo, están enamorados de su patria.

Después de comer me dirigí al café Brevart, esquina del Foburgo Montmartre.

Cambio de decoración.

Escenario parisién puro.

Allí me encontré con un paisano que vive en la gran Babel muchos años.

Frente a la mesa nuestra había una joven elegantísima, acompañada de dos caballeros.

Estaban de sobre mesa, y uno de ellos, el más viejo y el de tipo más vulgar, con la servilleta caída sobre la rodilla y en actitud bastante ridícula, parecía dormitar, como hombre que está haciendo una digestión laboriosa.

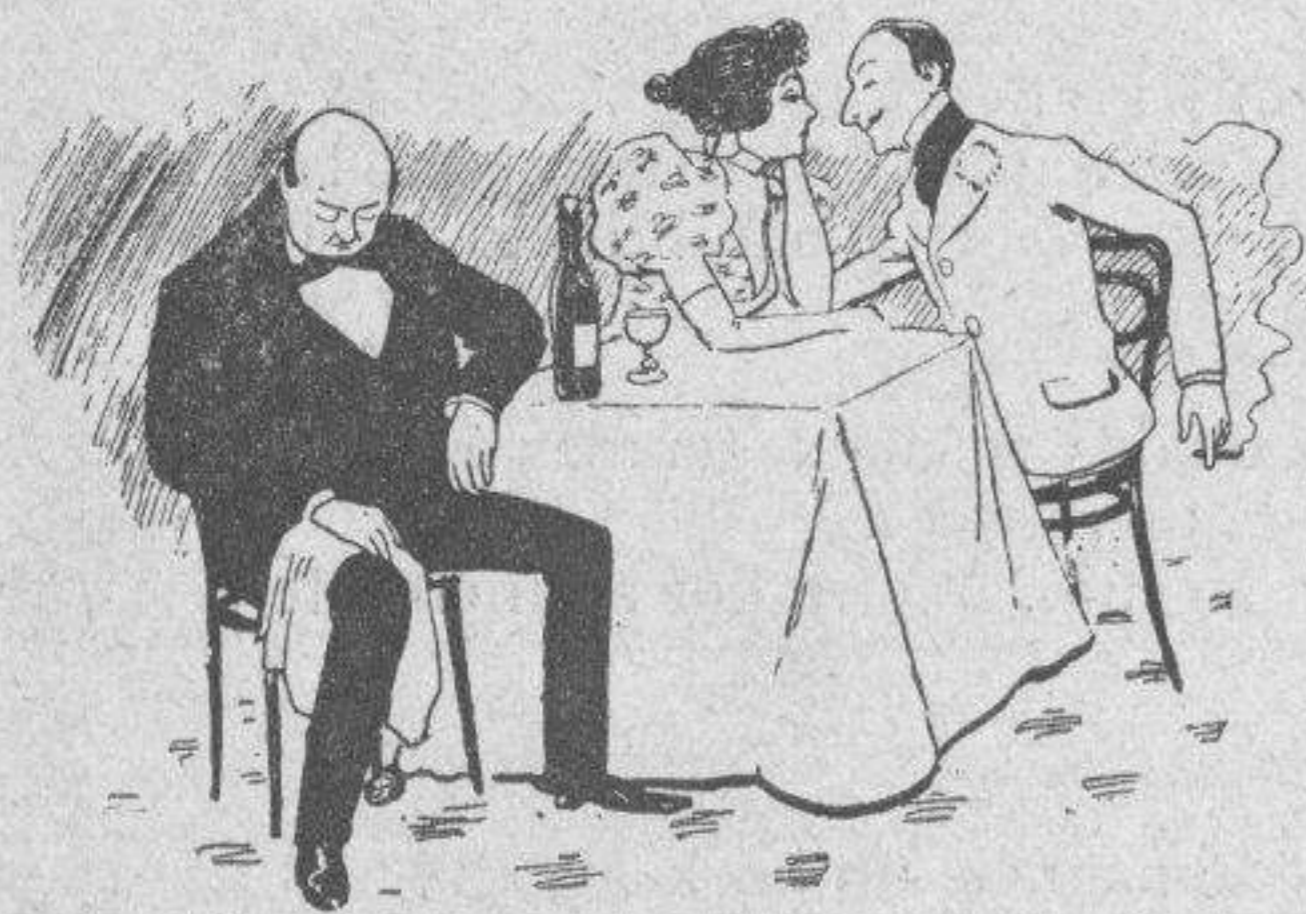
El otro y la joven hablaban en voz baja, muy pegaditos, y ella le tenía cogida una mano que acariciaba con mimo.

Al ver mi amigo que me llamaba la atención el cuadro, me dijo:

—Estas escenas son aquí muy frecuentes. Verás muchas mujeres con dos hombres, muy pocos hombres con dos mujeres. Casi siempre, uno de ellos es el marido y se le conoce en que se suele quedar dormido y en que nunca es él quien paga.

En otro ángulo del café había una pareja de distinto sexo charlando y bromeando, y a lo mejor de sus risas y de sus dimes y diretes, él le tira a ella los brazos al cuello y estampa en sus mejillas un sonoro beso.

—Todo eso es muy corriente y muy natural, — me dijo mi amigo, al ver la cara que yo ponía, — y en prueba de ello, fijate y verás que tú eres el único de cuantos hay en el café, que tienes los ojos puestos en ellos. Aquí se besan en la calle, en el café, en el teatro, en cualquier parte, con la misma naturalidad y frescura





que uno besa en España á un niño ó le da la mano á una amiga. Por otra parte, son parientes, ó esposos, ó amigos íntimos, y á nadie le importa un pito ni se alarma nadie, ni se queda como tú embobado mirándolos.

—Pues si esto es aquí, entre personas formales y decentes, en un establecimiento elegante, ¿qué será en esos centros de corrupción como el Folies-Bergère, por ejemplo?

—Vas á verlo en seguida. El Folies-Bergère está á dos pasos de aquí, en la rue Richer.

Pagamos y salimos. Tomamos por el Foburgo, dejamos á la derecha la rue Bergère y doblamos por la rue de Geodefroy-Marie, al extremo de la cual vimos la fachada del teatro con cierto.

Tuvimos que hacer cola para tomar la entrada, que nos costó dos francos, y nos colamos dentro.

Confieso que me quedé embobado.

Lo que aquí llamaríamos salón de descanso, es un espacioso jardín de invierno, iluminado *a giorno*, adornado de plantas y flores, lleno de mesas de café, de cómodas otomanas y elegantes sillones. El suelo está alfombrado y de trecho en trecho hay una estufa subterránea que respira por unas rejillas de metal dorado.

En el centro del jardín se levanta un artístico catafalco, sobre el cual una orquesta de *demoiselles* ejecuta piezas de concierto.

A la altura de un primer piso, espaciosa galería con balconaje de hierro rodea todo el salón, y en el fondo, á los lados de la puerta de entrada á la sala de espectáculos, dos anchas y regias escaleras conducen á los palcos y á la dicha galería.

La sala de espectáculos es hermosísima, pero no muy grande.

El cargo de acomodador lo ejercen mujeres, que á la vez venden los programas de la función.

Dimos una ojeada de prisa y corriendo, porque yo estaba febril y hambriento de curiosarlo todo, y volvimos al jardín de invierno.

Aquel es el sitio típico de la casa.

Mujeres elegantísimas, figurines vivientes de las modas más exageradas é inverosímiles, pasean allí su gallardo cuerpo, como en feria magna de meratrices.

Esta llama la atención por su belleza, aquella por su lujo, la otra por su incitante descote, la de allá por su picaresca y provocativa sonrisa.

¡Descotes!

Los vi descomunales.

De vez en cuando os detiene una y os *invita* á que le paguéis un bock.

Queréis ser galante y cedéis, y cuando vais á pagar, el camarero os cobra ocho ó diez consumaciones que la sílfide le debe.

En un rincón, una joven de rostro angelical y cándido semblante acaricia á un inglés viejo y feo que permanece impasible, pero paga.

En otra mesa, un grupo de bellas os guiñan los ojos para que os sentéis á su lado; ésta os pide un cigarro, aquélla se cuelga á vuestro brazo y os pregunta de dónde sois, y os da conversación y os invita á que la acompañéis á su casa.

Eso sí; muy correctas, muy bien habladas. Ni una frase mal sonante, ni un ademán grosero.

En la sala de espectáculos, ni gritos, ni palabras soeces, ni nada que no sea comedimiento y fina cortesía.

Ni todas son demi-mondes, ni todos jóvenes calaveras.

Allí veréis personas respetables, maridos con sus mujeres, muy honradas, muy virtuosas. Gente que va tranquilamente á sentarse en su butaca ó en su palco y á ver la función y nada más.

El espectáculo consiste en pantomimas, bailes, gimnastas, excéntricos y *chanteuses*. Algo entre teatro, circo y café concierto.

Allí fué donde la célebre Otero tuvo sus grandes éxitos, como ya dije en otro número, y allí ha cantado hasta hace poco Liane de Pucy, su famosa rival.

La *troupe* es escogida; pero no es esto precisamente lo que llama la atención del extranjero.

A pesar del atractivo de aquel originalísimo establecimiento, comencé á sentirme fatigado muy pronto, y el motivo de esta



fatiga, si yo tuviera talento para expresarlo, me daría pie para escribir un artículo interesantísimo.

Pero como me he extendido demasiado y he dicho ya, aunque á paso de carga, lo principal sobre el asunto, hago punto final y me despido de ustedes, carísimos lectores, hasta la semana próxima, que tendré el gusto de que demos juntos un paseo por la FERIA de Montmartre, hasta la puerta del Moulin-Rouge, en donde penetraremos otro día.

VICENTE SUÁREZ CASAN

Dibujos de XAUDARÓ.

SONETOS

ALONSO PÉREZ

Yo perdonara la traición artera,
huésped eterno de tu pecho ingrato,
si alguna vez en tu amoroso trato
me hubieras dicho una verdad siquiera.

Yo perdonarte inicua!... Cuando adquiriera
todos los bienes que te di insensato,
el ardor de mi cándido arrebato,
el noble arrenque de mi edad primera,

Pido al cielo que en cambio de tu calma
le di mi pena, y que tu pecho herido
tlore con sangre la perdida calma.

Más ¡ay! en vano la vangaña pido,
que estos males se sufren en el alma,
y tú perversa, nunca ia has tenido.

Dame, Señor, la firme voluntad
compañera y sostén de la virtud,
la que sabe en el golfo hallar quietud
y en medio de las sombras claridad;
La que trueca en tesón la veleidad
y el ocio en perennal solicitud,
y las ásperas fiebres en salud
y los torpes engaños en verdad;

Así conseguirá mi corazón
que los favores que á tu amor debí
te ofrescan algún fruto en galardón;

Y aun tú, Señor, conseguirás así
que no llegue á romper mi confusión
la imagen tuya que pusiste en mí.

Dices que tu conciencia te provoca
á decirme por fin lo sucedido;
que es verdad el recelo que he tenido
y con fulano me ofendiste loca,

¡Y me pides perdón! A mí me toca
el pedirte á ti, que injusto he sido,
porque nunca posible había creído
que una verdad saliera de tu boca.

¡Y tú imaginas de dolor turbada,
que hoy mi desprecio con razón comienza,
cuando nunca te he visto tan honrada!

Mas no es extraño que el rubor te venza,
que el hacer algo bueno es humorada
que ha de costarte un poco de vergüenza.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA



¡BUENAS NOCHES!

MISCELANEA

Una señora va por Recoletos llevando sujeto de una cinta á un perrito cubierto por una túnica encarnada muy mona.

—Oye, Chucho,—dice un pillete encarándose con el perro.—Dame las señas de tu sastre.

* *

En la calle:

—¡Amigo mío!

—¿Qué hay de nuevo?

—No he camido desde hace la friolera de cinco días.

—¿Y qué?

—Qué me muero de hambre.

—¿Todavía?

* *

Examen de geología:

—Diga usted, joven, ¿á qué familia pertenecen las ostras?

—A la mía. En casa se comen muchas docenas diariamente.

* *

Entre ama y criada:

—¡María!

—¡Señora!

—¿Y mi agua caliente?

—La he tirado porque no hervía bastante aprisa y he puesto otra agua nueva completamente fría.

Un caballero entrega á un mozo de cordel una carta y un ramo de flores.

El mozo se niega á llevar el encargo á la individuo á que está destinado.

—¿Y por qué?—le pregunta el caballero.

El mozo, que ha leído el sobre de la carta, se enjuga una lágrima y contesta con voz conmovida:

—¡He jurado no volverla á ver en mi vida!

* *

Entre dos mujeres:

—¿Le quieres mucho?

—No, ni pizca. Ayer mismo no le quise admitir un aderezo de bril'antes que quería regalarme.

—¡Desdichada! Pero no temas, yo te guardaré el secreto.

—¿Por qué?

—Porque si llega á saberlo tu madre, te mata.

Aviso al público y á los corresponsales

Con motivo de haber cambiado de local la imprenta en donde se imprime **LA SAETA**, se ha retrasado el presente número, apesar de todos nuestros esfuerzos. Rogamos al público que nos perdone por esta vez en la seguridad de que no volverá á repetirse el hecho.

• A NUESTROS LECTORES •

De todas partes nos preguntan en qué van á consistir nuestras reformas de año nuevo. Comprendemos la impaciencia de nuestros lectores y agradecemos el interés que muestran por conocer la futura marcha de nuestro semanario; pero no podemos satisfacer sus deseos, deseosos de sorprenderles más agradablemente.

Sepan, no obstante, que haremos algo que no se ha hecho todavía en España y que pondremos mayor esmero y perfección en la parte artística, que podrá competir con las mejores publicaciones del extranjero.

Sepan también que introduciremos importantísimas mejoras en la parte literaria, y, para que no se diga que lo callamos todo, les anticipamos que desde primero de año colaborará *semanalmente* don Leopoldo Alas (Clarín).

Dicen que para muestra basta un botón, y este solo nombre vale por toda una botonadura de oro fino.

Saquen por ahí la consecuencia de lo que será lo demás.

Estamos preparando el NÚMERO EXTRAORDINARIO de año nuevo que será de *buten*.

Imprenta LA ILUSTRACION, á cargo de Fidel Giró. Calle de Valencia, 311 — Barcelona.